

EL SISTEMA SEXO-GÉNERO DESDE LA PERSPECTIVA DEL LENGUAJE: D. HARAWAY Y P. VIOLI

María Teresa Aguilar
ytemas@terra.es

RESUMEN

En este texto planteo posiciones divergentes en torno a la problemática sexo/género mantenidas actualmente por dos autoras que asumen y rechazan respectivamente el mantenimiento del sistema sexo y género tomando como punto de análisis el lenguaje.

ABSTRACT

«The Sex/Gender System fromm Language Perspective: D.J. Haraway & P. Violi». In this text I outline divergent positions around the problematic sex/gender maintained actually by two authors that assume and they reject the maintenance of the system sex and gender respectively, taking as analysis point the language.

La pregunta inicial es si las diferencias de género sostenidas por el feminismo a lo largo de su historia sirven al proyecto de la liberación de la mujer, o por el contrario la sumen en un callejón sin salida que no ofrece soluciones. Si la diferencia de género es un constructo cultural creado relacionalmente, como piensan Haraway y Chodorow o Butler, o bien la insistencia en una marcación diferenciada de los sexos impregnando toda nuestra experiencia y nuestra vida, como afirma Violi, situación que serviría a las mujeres para aceptar esta inevitabilidad del canon lingüístico masculino y cómo esto puede servir como revulsivo para ser consciente de ello y luchar desde una posición sexuada por la igualdad sexual o la simetría en las relaciones de género.

La infrarrepresentación femenina en los diferentes niveles de poder por parte de la mujer conduce a la creación de un tipo de feminismo al que no le parece que deba seguir manteniéndose la diferencia sexo/género. Como Haraway señala, el acentuar la diferencia del sistema sexo/género no ha producido más que desgracias¹. Las actitudes que abogaban por una diferencia de género sobre el que se sustentan para formular la existencia de psicologías diferentes asociadas al sexo y sobre el mantenimiento de una diferencia sexual y el posicionamiento en el lado femenino como forma de reivindicar un status igualitario y las que rechazan la diferencia de género como herramienta válida de lucha feminista, dado que la polaridad en la que se





escinde el ser humano es una polémica obsoleta que no contribuye a la liberación de la mujer ni refleja una explicación válida para la lucha feminista, puesto que el género está construido socialmente y ninguna base biológica podría servir de explicación para el mantenimiento del género como categoría biológica y esencial.

El feminismo de la diferencia francés afirmaba que no era posible para la mujer la adquisición de un status digno a menos que se posicionase en el terreno de su feminidad por oposición al otro de lo masculino, el que durante siglos ha impuesto el paradigma desde el que la mujer era entendida como lo otro excluido. No utilizaban el discurso de la igualdad como aquel status que debe ser conquistado, sino el de la diferencia, la posición de lo femenino nunca habitado propiamente por la mujer, sino desde la perspectiva del macho que crea la cultura. Abogaban por la creación de una escritura femenina, pensamiento femenino, pues partían de la idea de la inconmesurabilidad entre los dos géneros y la liberación del femenino por la acción feminista. Defendían la tesis básica de que ambos sexos son radicalmente diferentes, no sólo en su anatomía sino sobre todo en sus características psicológicas, en el fondo buscando la creación de la categoría de identidad femenina.

Sin embargo, en los años ochenta surge una desconfianza hacia la categoría de género, sospechosa de análisis postestructural y deconstruccionista ya que alberga la diferencia sexual. Las bipolaridades son puestas en tela de juicio, masculino/femenino, cultura/naturaleza, etc. El surgimiento de identidades sexuales transgresoras, tales como travestis y homosexuales, que reivindican una identidad sexual propia, hace que en 1963 se cree el concepto de identidad genérica, y veinte años más tarde pida su desaparición el llamado feminismo de la tercera ola porque no puede dar cuenta de las múltiples identidades que reclaman un status. Este concepto de identidad genérica escindiría el sexo y el género asociados a lo biológico y cultural respectivamente. Las hormonas, los genes y la morfología serían los indicadores para cifrar la identidad sexual de un sujeto, y la psicología y la sociología darían cuenta de su adscripción a un género u otro, masculino y femenino, a los que habría que añadir un tercero o transexual.

La investigación sobre género como una categoría de estudio sobre las mujeres apareció entre los años sesenta y setenta, en las obras de Kate Millet *Política sexual* y Sulamit Firestone *La dialéctica de la sexualidad*. Términos como patriarcado, género y casta sexual se acuñaron en estas obras, ligados a una concepción socialista que primaba antes el análisis de la dominación social que el de la diferencia sexual.

En 1989 Butler afirmará que el discurso de la identidad genérica no es más que una ficción reguladora sin bases biológicas que le es útil al paradigma masculino de dominación. El género es una construcción social y por lo tanto es irrelevante la diferencia sexual como generador de una política subversiva. Al contrario, afir-

¹ « Así, la corriente utilidad táctica de la distinción sexo/género en la vida y en las ciencias sociales ha tenido consecuencias calamitosas para gran parte de la teoría feminista, ligándola al paradigma liberal y funcionalista a pesar de esfuerzos repetidos para trascender esos límites en un concepto del género completamente politizado e historizado». D.J. HARAWAY: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la Naturaleza*. Cátedra: Madrid, 1995, p. 229.

mar la búsqueda de identidades sexuales binarias no hace sino reforzar la discriminación sexual que perpetúa roles asociados a sexo y por tanto a la escisión también culturalmente. Ya en 1980 Adrienne Rich teoriza que la heterosexualidad obligatoria era la base de la opresión de las mujeres, y sostiene, al igual que Butler, que tanto el sexo como la raza son formaciones imaginarias con efectos de producción de realidad, permitiendo así que se conciba el cuerpo como anterior y previo a toda construcción. Este feminismo que se desarrolla en los años ochenta se subleva contra la identidad sexual por considerarlo un paradigma obsoleto y monotemático que excluye variables como la raza.

Sin embargo, frente a la idea del sexo como construcción social, feminismos actuales, como el de Patricia Violi, se cuestionan el papel del lenguaje en la construcción del género. Y así se cuestiona si nuestra percepción del mundo contiene la categoría de diferencia sexual, puesto que si es así, la diferencia sexual es algo que funda la percepción empírica y la precede². Violi demuestra en su obra que la mayoría de los idiomas contienen la diferencia masculino/femenino, sobre todo los indoeuropeos y descubre en idiomas como el inglés, de género natural y lógico, tendencias a la diferenciación sexual de nombres inanimados como femeninos. Es decir, que los nombres inanimados en inglés, idioma que carece de género gramatical, los nombres de cosas no humanas son neutros, pero para designar: barcos, medios de transporte, países, máquinas, se lexicalizan como femeninos. Esto nos indica, según Violi, que el género gramatical no es algo neutro y arbitrario, pues idiomas como el inglés, que carece de género, lo tiene presente también. Este dato, a juicio de Violi, invalidaría la tesis de Sapir del «género neutro o vacío», sin funcionalidad ninguna en la gramática, inútil y eliminable como en el inglés. Esta postura es sostenida por la mayoría de los gramáticos cuya tesis a defender es que el género es superficial y arbitrario que determinadas palabras tengan un género u otro. Así, Meillet también sostiene que la diferencia de los nombres como masculinos y femeninos carece totalmente de sentido. La pragmática del lenguaje encuentra irrelevante que definamos «mesa» como masculino o femenino, no existe ninguna base funcional que explique el género gramatical. La explicación funcional del uso del masculino y el femenino asociados a determinados nombres hay que buscarla entonces en otro sitio que no es el lenguaje mismo. El género gramatical no ha estado fijado a las cosas de una manera inmutable y ello lo demuestra el magnífico ejemplo que nos ofrece Violi con el que finalmente entendemos que la atribución de funcionalidad al uso genérico de la lengua radica en última instancia en las relaciones de poder. No es que Violi las identifique como tales, pero puede deducirse que es así según el análisis de Markale (1972) al que se adhiere y que explica la coincidencia del cambio de género y el cambio de culto de la diosa madre al dios padre. El ejemplo es el siguiente: la luna y el sol en el indoeuropeo primitivo estaban asociados genéricamente a la inversa de cómo hoy es utilizado y que idiomas germánicos aun conservan: la luna posee género masculino y está acompañada de un simbolismo

² Patricia VIOLI: *El infinito singular*. Madrid: Cátedra, 1991, pp. 62-69.

masculino y el sol posee género femenino. Otros autores, como Wensinck, también sostendrían esta hipótesis que alude directamente a quién ostentaba el poder en las sociedades primitivas. En un estadio arcaico precedente al patriarcado monoteísta en que lo femenino estaba asociado a poder y fuerza puesto que esa primitiva religiosidad de las sociedades arcaicas rendían culto a lo femenino y el cambio a la religión revelada fundaría el patriarcado. Es entonces cuando se produce la negatividad asociada a lo femenino, lo impuro.

Violi se pregunta por la diferencia sexual en el lenguaje, que exista tal diferencia es un hecho extensible a las lenguas indoeuropeas (germánica, eslava, romana, indoiraní, griega, celta y semita) y cómo estos géneros lingüísticos están relacionados con nuestra percepción y conocimiento de la realidad. Realidad que está profundamente impregnada de diferencia sexual, porque nuestra percepción y categorización de la realidad está generizada. Así el género no es algo arbitrario, como señalan Sapir y Meillet, y carente de funcionalidad, sino que es el resultado de una categorización perceptiva que el humano realiza sobre la realidad. Es decir, que la diferencia sexual funda un lenguaje de género porque efectivamente somos seres sexuados con sexos perfectamente distinguibles. Considera el sexo como biológico y el género como cultural y le interesa el paso del sexo al género. Se trata de dos géneros inequivalentes, el femenino se deriva del masculino como su negación. Lo masculino se ha constituido tradicionalmente como término genérico y simultáneamente específico. En este sentido todos los conceptos están masculinizados, siendo históricamente el sujeto del discurso masculino exclusivamente el hombre. En esta coyuntura la situación de la mujer se revela paradójica, situada como sujeto hablante en un lenguaje que ya ha constituido a las mujeres como objetos. Para acceder a la posición de sujetos, las mujeres tienen que identificarse con la forma universal masculina³ y negar lo específico de su género, invalidando así la diferencia. Este chantaje que Violi describe es sin duda así, expresado desde un mundo androcéntrico. Sin embargo, esa posición ambigua de sujeto que es a la vez objeto coloca a las mujeres en una posición envidiable ya que manejan dos códigos, oficial y extraoficial. Dos lenguajes, uno de mujeres y otro de hombres, cuando en realidad sólo existe uno y está generizado en lo masculino. Lo femenino queda definido como la negatividad y la otra parte no oficial del lenguaje masculino, es por tanto un límite, una parte de la dialéctica de dos posiciones, la de lo femenino y la de lo masculino. Dice Patricia Violi

Lo masculino se coloca como término fundador, como sujeto y lo femenino como su negación, su límite y su condición para existir pues un término no puede definirse nunca por sí mismo sino en su relación con otro. Para que lo femenino no sea

³ Este proceso de identificación con el sexo masculino para obtener así la categorización de sujeto activo hablante es perfectamente homologable a aquella otra de la sexualidad en la que la mujer se identifica con el sujeto del sexo, el hombre, puesto que el código único en el que se divulga el deseo sexual en películas y films es el del deseo masculino.

definido únicamente por la negación del ser hay que contemplar la categoría de la diferencia sexual como básica para dar las formas con las que se ha realizado su negación⁴.

La defensa que Violi hace del mantenimiento de la diferencia está fundada en una comprensión dialéctica que sin duda no hace evolucionar o crear perspectivas alternativas que no estén inmersas en el círculo que va de una categoría a otra, de lo masculino a lo femenino. Nos sugiere que la exclusión de la mujer de la categoría sujeto la sitúa inmediatamente en la categoría de objeto y que esta profunda brecha la relega a una condición sin voz, ya que no posee ni es designada por el lenguaje oficial masculino. Hasta aquí la argumentación del lenguaje mismo excluye a quien está siendo nombrada y nombra, pero el acceso a la categoría de sujeto no puede hacerse si no es indagando en las formas en que esta negación ha sido hecha y por tanto, y aquí es donde radica el problema, lo que puede ser discutible, que para ello sea necesario conservar la noción de diferencia sexual.

La situación ambigua a la que se refiere Violi en la que la mujer se ha encontrado siempre, en un contexto en el que se afirma la disolución del sujeto, la fragmentación y sus múltiples lecturas, contexto definido como de la postmodernidad, carece de sentido y es por ello que la autora encuentra sospechoso el paradigma de la postmodernidad y todo el discurso sobre el sujeto que lleva asociado. La muerte del sujeto, la dislocación de su identidad y estructura es para Violi un discurso inevitablemente androcéntrico y masculino que sigue reduciendo la diferencia sexual a la universalidad del lenguaje masculino. No le falta razón si consideramos quién es el que elabora los discursos tanto en el ámbito de las ciencias como en el de las humanidades, pero no podemos sostener con ella que el mantenimiento de la diferencia sexual contribuya al esclarecimiento o avance mejor de la posición de la mujer en el conjunto de la sociedad.

Para Violi reducir la diferencia a estereotipo tiene efectos negativos⁵ para ambos sexos. Reivindica la diferencia sexual de la que ni siquiera el lenguaje, sistema universal y abstracto, está exento, como lo demuestra en su obra. Falta un posicionamiento de la mujer como sujeto que pueda singularizarse como hembra, ya que el sexo es biológico y el género, la simbolización de aquél, cultural, aspecto al que no ha podido acceder sino en calidad de objeto. Esta posición es lo que Haraway llama «cierre metafísico de identidad», acción por la cual el género queda atrapado en un sexo y una identidad que no favorece el discurso emancipatorio⁶. Huir de identidades clasificadas, de la barricada del sexo, de la burla del lenguaje del código único es la propuesta del feminismo de Haraway, para quien el cyborg, hijo bastardo del capitalismo blanco, sirve como metáfora subversiva al androcentrismo.

En el análisis de Haraway el lenguaje juega también un papel importante, pero no como código único que mantiene la oposición dialéctica de la diferencia

⁴ Op. cit., p. 68.

⁵ Op. cit., p. 15.

⁶ Donna J. HARAWAY: op. cit., p. 249.



sexual, como en Violi, sino como instrumento subversivo cuyo objetivo principal es el desmantelamiento de dicho código mediante el uso de múltiples códigos arbitrarios que deslocalicen deliberadamente el sistema binario. Su posición netamente postestructuralista le impide seguir manteniendo cualquier tipo de relación dialéctica entre dos pares de conceptos, la diferencia sexual no es útil más que para afianzar brechas ilógicas, cavar fosas en cada construcción de identidades fijas e inmutables, en definitiva evitar el trasvase de códigos y la anulación de identidades fijas. No se trata, pues, del afianzamiento del lenguaje en el compartimento estanco del uso histórico de la lengua, sino de socavar los cimientos mismos en los que esta diferenciación se ha creado. Es por tanto la heteroglosia del cyborg⁷ lo que puede liberar del estancamiento de la diferencia.

Si vivimos prisioneros del lenguaje, escapar de esta casa prisión requiere poetas del lenguaje, una especie de enzima de restricción cultural que corte el código. La heteroglosia del cyborg es una forma de política cultural radical⁸.

Es evidente que Haraway hace un análisis diametralmente opuesto al de Violi, no es análisis de las condiciones de formación de la diferencia sexual lo que debe primarse, sino una socavación del propio código instituido, código que incluye el binarismo también como una lacra que debe desterrarse. Haraway utiliza los argumentos etnográficos de Strathem para demostrar que el paradigma sujeto/objeto, dentro del que se mueve la explicación de Violi queda invalidado para cualquier explicación del sistema sexo/género. Los melanesios hacen, hombres y mujeres,

No existen en estados permanentes como sujetos y objetos dentro de los marcos aristotélico, hegeliano, marxista o freudiano. El funcionamiento de los hacen posee una geometría y una dinámica diferente. Para los occidentales, es una consecuencia fundamental de los conceptos de diferencia genérica que una persona pueda ser convertida por otro en un objeto y que se le pueda robar su estatuto de sujeto. El estado normal de una persona occidental es poseer su yo, tener una identidad como se tiene una posesión, la cual puede estar hecha de varios materiales a través del tiempo, es decir, puede ser una producción cultural, o se puede nacer con ella. La identidad genérica es una posesión así. No tener la posesión del yo es no ser un sujeto y no tener influencia⁹.

Este enclaustramiento estanco del género es lo que llama «cierre metafísico de identidad», mecanismo que palpita en toda nuestra historia occidental y es precisamente el proceso de desidentificación llevado a cabo por la figura del cyborg, híbrido de máquina y humano, lo que permite la emancipación de las mujeres y

⁷ El cyborg es para Haraway una metáfora, un personaje de ficción y también de realidad y define la escritura cyborg en el contexto de un lenguaje lleno de ironía, estrategia para subvertir el lenguaje del código único.

⁸ *Ibíd.*, p. 259.

⁹ *Ibíd.*, p. 229.



escapar del callejón sin salida del sistema sexo/género. La alianza de las mujeres con la tecnología en la figura del cyborg supone el olvido del sistema género/sexo, invalidando de paso las dicotomías cultura/naturaleza.

La tesis principal de Violi podemos leerla en la página 43 de *Femenino singular*:

La inscripción de la diferencia sexual en el idioma a través de la organización de los géneros contribuye a simbolizar tal diferencia y por eso en la percepción y categorización de la realidad, influyendo en nuestra visión del mundo. Las palabras ya no son percibidas como masculinas o femeninas, sino las cosas a que se refieren.

La tesis que sostiene Haraway es que el lenguaje que impugna el código binario es aquél que deliberadamente trastoca el equilibrio sexo/género, creando identidades monstruosas y cyborgizadas de difícil ubicación. Así la importancia que concede a las narraciones de ciencia-ficción escritas por mujeres negras¹⁰, historias fantásticas que invierten los roles atribuidos tradicionalmente a las mujeres y a los hombres. Son esos acoplamientos ilegítimos de animal con máquina lo que problematiza la estructura del lenguaje generizado. Promulga el género cyborg que posee un lenguaje cyborg, el tecnobable, no asimilable al lenguaje generizado del que la mujer está excluida. Porque el lenguaje es una herramienta constructiva que puede ser subversiva y que no está interesada en las distinciones sujeto/objeto o que incluso se regodea en las fusiones de ambos. A la mujer no le interesa acceder a la posición de sujeto porque ese sujeto moderno murió y en su lugar el cyborg fusiona las dicotomías clásicas de sujeto y objeto. La mujer ya no será nunca más objeto que aspira a ser sujeto, hay que negarse a participar en el chantaje que plantea Violi.

Concluyendo, podemos señalar que las visiones respectivas de ambas autoras ponen el acento en el concepto «identidad» entendido de manera opuesta, como digno de ser respetado y analizado en Violi, y como lacra a desterrar en Haraway. Mientras que ésta deconstruye la oposición binaria del sistema sexo/género, la primera considera que es un paradigma desde el que estudiar la vieja problemática, para lo cual los análisis lingüísticos de género en occidente le sirven de apoyo a su tesis, aún inscrita en el paradigma sujeto/objeto que Haraway critica por obsoleto, cambiante y percedero.

¹⁰ De entre otros autores citadas por Haraway: Joanna RUSS, (*Adventures of Alix, The female Man*), Samuel R. DELANY (la serie de Neveryon), John VARLEY (Titan, Wizard, Demon), James TIPTREE (Star Songs of an Old Primate), Octavia BUTLER (Wild Seed, Mind of my mind).